

# Un lugar para escribir

Álvaro Castillo Granada

Librero y escritor, bodegadurruti@hotmail.com

Para usted, siempre hermosa, a quien le gusta Jackson Pollock

Desde hace días he querido escribir algo sobre Paul Auster, pero no se me ocurre nada.

No tengo claro qué: no soy un experto en su obra. Lo he leído muy poco ahora que lo pienso. No hay un motivo para no haberlo hecho. Ni para hacerlo, claro. Tal vez pueda deberse a que cuando empecé a ver sus libros (hace ya mucho tiempo) eran muy caros y había otros proyectos de lectura que se atravesaban y eran más económicos, por supuesto.

Los libros de la editorial Anagrama que recuerdo de finales de los ochenta y principios de los noventa eran un objeto de lujo. Y para lujos prefería despellajarme por un libro de la editorial Siruela. Eran libros que podían costar lo que ganaba en un mes. Uno solo.

Pude hacerme a una gran cantidad de estos gracias a tres momentos.

En la Panamericana de la calle 72 encontré, en la sección de deportes, diez ejemplares de la Biblioteca de Babel en su precio antiguo: 1580 y 2645 pesos. Los compré todos sin dudarlo.

Cuando le conté a Martín Moreno, uno de mis maestros librereros, de mi hallazgo me dijo:

—¡Maldito! Yo los había escondido ahí...

El segundo momento fue con la complicidad de Óscar y Roberto (alias "Lucas"), quienes eran los vendedores de Alianza, Tusquets y Siruela. De cuando en cuando ahorraba para comprar uno y ellos me lo daban con el 40% de descuento. De

contado y a escondidas. ¡Para que nadie en la librería se diera cuenta!

Y el tercero fue cuando una amiga de ojos azules-grises, rubia (con la que nunca hice el amor) me preguntó un día:

—¿Qué libros te faltan de la colección de literatura medieval de Siruela?

—Me faltan este, este, este y este...

—¿Me los puedes conseguir más baratos? (De vez en cuando a algunos amigos les daba una mano para que pudieran comprar ciertos libros. Oficio de panadero). Quiero leer los que no tienes.

Los encargué, le dije cuánto era, me entregó el dinero y el viernes me los llevaron a la librería. Le avisé para que los recogiera. Fue. Los miró y me los extendió:

—Ten... ya la tienes completa...

Sin palabras me quedé. Nos miramos con aquella soledad de los que saben que jamás van a estar juntos porque la vida se ha encargado de apartar sus caminos.

El primer libro de Paul Auster que tuve no lo compré. Me lo regaló Fredy, un amigo que por esa época iba a la librería con alguna frecuencia. Lo había conocido cuando era estudiante de literatura y lector de Gustave Flaubert.

Un día, sin motivo aparente para mí, sacó de su mochila un libro de color rojo de la editorial



10  
2017  
Proyecto Los países buenos  
Luzo 30 cm  
Escultura en madera, cubierta con  
champiña con simpatía de la cultura  
Inga del Tahuantinsuyo

Carlos Castro @carloscastroar - Tío (2021),  
registro fotográfico por David Estrada Larraneta

Anagrama y me lo extendió. Era *La invención de la soledad*, de Paul Auster.

—Léalo. Sé que le va a gustar, me digo ahora que me dijo.

Y, efectivamente, lo leí y me gustó. Ya no recuerdo nada de él. Los argumentos de algunos libros se me van olvidando para convertirse en sensaciones de lectura. Sensaciones que puedo evocar y contar. Como quien cuenta una historia que se le olvidó y de la que solo queda la brisa que sopló por el alma y la memoria para transformarse en algo permanente. Algo inexpresable que solo se puede transmitir cuando se le recomienda a otro lector. Como si ese “Léalo. Sé que le va a gustar” fuera el santo y seña, la clave, de una experiencia que nos va a transformar.

Algo así.

Ese ejemplar después se lo regalé a María Cecilia, una de mis alumnas de literatura, cuando murió su padre. Era el libro perfecto para que la acompañara en ese momento.

Después leí *La trilogía de Nueva York* y ahí fue el deslumbramiento. Fue encontrarme con un escritor que percibía el mundo de la misma manera que yo (bueno... a veces podemos ser pedantes y no importa...), como una relojería del azar que va confluyendo para armar un destino que solo podemos explicarnos y entender cuando observamos las músicas que nos van revelando las razones de las historias.

Y no leí nada más. No sé por qué. No hay una explicación lógica. De vez en cuando llegaban a mis manos libros suyos usados. O los vendía o se los guardaba a mi amigo Carlos Orallo, quien los devoraba en La Habana con ansiedad. Él sí se los lee todos.

En el primer año de la pandemia organicé un curso de autores norteamericanos con mis alumnas. Leímos *El niño perdido*, de Thomas Wolfe, *Cartero*, de Charles Bukowski y *La trilogía de Nueva York*, de Paul Auster.

Leerla juntas (sí, porque junto a ellas soy una más) fue un prodigio. Encontrar claves, senderos, rastros entre todas fue como seguir un mapa del tesoro del que cada una de las pistas solo era posible descifrar por una lectora.

Y en ese libro apareció para mí *El cuaderno rojo*. Ese cuaderno rojo en el que escribe ese personaje que tanto se parece a un fantasma.

La primera compra que hice en la librería, apenas pudimos abrir después de esa primera cuarentena que se extendió y extendió sin que nadie entendiera, fue el 20 de mayo del 2020. Un cliente (al que ya no recuerdo) me escribió por WhatsApp ofreciéndome unos libros para la venta. Me mandó fotos. Le dije cuáles nos interesaban. Entre muchos había uno en inglés de Paul Auster: *Travels in the scriptorium*. Me los llevó una tarde en una caja. Ya habíamos acordado el precio. Los conté y le pagué. Se fue como una sombra. Los fui sacando uno a uno. Abrí el de Paul Auster no sé por qué ni para qué. Sin buscarlo. En la tercera página, con tinta negra, estaba escrito: “For Mauricio in Brooklin April 2007. All best, Paul Auster”. Así llegó a mis manos un libro autografiado por Paul Auster. Sin buscarlo. Sin pretenderlo. La primera edición en inglés (Henry Holt and Company, New York, 2006).

El año pasado murió el papá de Andrea, una amiga historiadora y cómplice en guerrillerología colombiana. En medio de su duelo me escribió para encargarme *La invención de la soledad*. Esa misma noche lo encontré en un puesto de libros en el parque de Lourdes. La misma edición roja que yo había tenido. Le escribí y le dije que ya lo tenía. Lo recogió al día siguiente.

Lo interesante del azar, de contarlo, de escuchar su música, es cuando vamos retrocediendo sobre sus huellas buscando el momento en que todo empezó. Sin poder asegurar cuál es, cuando lo encontramos, porque detrás de ese primer paso, ese momento, hay otro que solo veremos cuando haya otra balada que cantar.

El tercero apareció en una biblioteca que fui a comprar. Durante dos años estuvieron esos libros prácticamente olvidados esperando el momento de (después del primer saqueo) llegar a mis manos. Dos viajes, ocho morrales repletos de libros, fueron necesarios para llevarlos a la librería. Su anterior dueño, Lucas, era un lector fervoroso de Paul Auster. Estaban casi todos sus libros. En las ediciones de Anagrama y Debolsillo. Las amarillas y las blancas. *La invención de la soledad* también, como corresponde. Guardé ese aparte.

Nuevamente una partida, la del padre de Santiago, un amigo, poeta y ensayista excepcional, lo condujo al lugar que le correspondía para acompañar a un hijo que mira como su padre se va marchando entre las montañas.

Tres veces conmigo. Tres veces partiendo hacia un lector huérfano...

Desde hace días he querido escribir algo sobre Paul Auster, pero no se me ocurre nada. Quisiera a veces poder ser un ensayista y poder llevar al papel algunas de las cosas que se me ocurren cuando hablo de literatura. Esas intuiciones de lectura que, cuando conversamos, nos permiten encontrarnos con el otro y fraguar, por un momento, una espada que va despejando la hojarasca que a veces nos habita. Pero no me es posible. Las olvido en el momento en que las digo. Tal vez el otro las recuerde y de pronto las haga suyas. Sé que las reconocería, pero ya pa'qué...

La semana pasada me leí dos libros suyos, cortos, que llegaron a mis manos hace poco: *¿Por qué escribir?* (en Medellín, el 30 de septiembre del año pasado) y *El cuaderno rojo* (en el mismo lugar donde apareció el segundo *La invención de la soledad*, el 15 de enero de este año). El segundo por insistencia de Ramón Cote Baraibar.

Cuando los terminé lo primero que pensé fue: ¿Por qué no leo más a Paul Auster si su manera de estar y entender el mundo es tan parecida a la mía? ¿Si nos fijamos en las mismas cosas? Prefiero no encontrar la respuesta. Mejor quedarme con la sensación del azar compartido.

Como el que sentí esta tarde cuando escuché que alguien tocó suavemente la reja negra de la librería y dijo dos veces:

—Buenas tardes... buenas tardes...

Me levanté del escritorio (estaba viendo un capítulo de la tercera temporada de *Law and Order Criminal Intent*). Eran una señora mayor de pelo blanco, vestida con una chaqueta y un pantalón azules, un saco rosado de cuello alto y un tapabocas blanco y un hombre más joven (su hijo o su sobrino tal vez) con una cantidad de libros de gran formato en sus brazos.

—Buenas tardes, me dijo. Yo soy la que lo llamó ayer para ofrecerle unos libros ¿Se acuerda?

—Claro, respondí, iluminándose de milagro mi memoria en ese momento: me había llamado ayer para ofrecerme unos libros de arte. Yo le expliqué que los libros de arte eran muy difíciles de vender ahora. O por lo menos en la librería.

—Pero yo no se los quiero vender... Se los quiero regalar...

—Claro, muchísimas gracias, yo se los recibo y se los daré a alguien a quién le puedan servir (pensé inmediatamente en Darío Marín).

Su hijo o su sobrino entró conmigo a la librería y los dejó encima del banquito que nos regaló Pilar y que perteneció a Merci. No me dejó ayudarlo.

Salí para agradecerle de nuevo.

Se había puesto la cartera al frente y vi que de ella salía un ejemplar de mi libro *Un librero*. Me sonreí.

Vio mi sonrisa y mi mirada.

—Y traje su libro para que me lo dedique....

—Claro, con mucho gusto. Para mí será un honor. Recuerdo que se lo llevé a su casa...

—No... usted no me lo llevó... yo lo compré...

A veces me pasa que los recuerdos se me revuelven y enredan. ¡O me los invento!

Me extendió el libro. Era un ejemplar de la primera edición.

—¿Y qué le pareció?

—Me gustó mucho. Sobre todo la primera historia. No podía dejar de pensar en que conmigo había sido muy parecido...

Se refería a “La piel suave”, el cuento que transcurre cuando un librero va a mirar unos libros a una casa y la dueña se los termina regalando.

—Así fue como nos conocimos. ¿Se acuerda?

La miré más tratando de dibujar la sonrisa que se escondía tras el tapabocas y estallaba en sus ojos.

—Sí... ¡Claro! Eso fue hace muchísimo tiempo...

—Hace más de veinte años... Después de que murió mi marido. Usted fue a mi casa y yo le regalé los libros que le interesaron...

—Así fue... En el 2001... Lo recuerdo todo... Había uno que estaba buscando desde hacía muchos años: la antología de *Poesía Soviética Rusa* que seleccionó y tradujo Nicanor Parra... Tanto tiempo... Y también recuerdo que, a lo largo de estos años, de cuando en cuando, usted me dejaba revistas y recortes de periódicos...

—Sí... pensaba que le podían interesar...

—Así fue... Si no a mí, a alguien más...

Entré un momento a la librería por un esfero. Le escribí en la primera página: "Para Carmen Rosa, que sabe que estas historias de un librero también son ciertas. Con el agradecimiento de Álvaro Castillo Granada Enero 26 de 2022".

Se sonrió cuando se la leí. Le pedí permiso para tomarle una foto con el libro. Posó inmediatamente.

Nuestros ojos no dejaron de sonreír al despedirnos.

Miré los libros y supe que le podían servir, en su conjunto, a Darío Marín y en su particularidad (dos para ser precisos) a María Paula, mi amiga y vecina de la librería. Le pedí que viniera.

—Mira esos libros porque sé que hay dos que te van a interesar.

Comenzó a mirarlos. Se detuvo en el primero. Uno de Henri de Toulouse-Lautrec.

—Este.

—Lo sé.

—Escribe el nombre del otro para ver si aciertas.

Escribí "Degas" detrás de un papel con mi letra microscópica.

—Este otro.

—Lo sé— y le mostré el papel.

—Qué impresión, Álvaro, como me conoces...

Siguió mirando los otros mientras los acomodaba.

—Y hay una carta dentro de uno de ellos— dijo—, mira.

—¿Una carta?

—Sí, ¿puedo leerla? Me encanta ser chismosa.

—Claro.

Abrió un sobre azul que decía "Feliz Cumpleaños Charly corazón!" y empezó a leer:

"Verde Selva

De gota a gota, lleno mis tesoros y abro la puerta sin llave y de vaivén"...

Una carta de amor firmada por "Rosi"...

Una carta de amor voraz con la que me podría imaginar una historia de amor oculta y secreta como la que no escribí en mi cuento "La piel suave", que tanto le gustó a Carmen Rosa...

Desde hace días he querido escribir algo sobre Paul Auster, pero no se me ocurre nada... Tal vez leer sea, entonces, encontrar un *scriptorium*: un lugar para escribir.

Chapinero, Bogotá, enero 26 de 2022 📧

